«Una vez terminado el cigarro,
él se acostó y al medio minuto
ya estaba profundamente dormido.
Para entonces la señora Pontellier
ya estaba totalmente despierta».

Alianza *Urgentes*

El despertar y otros relatos

Kate Chopin

El despertar y otros relatos

Traducción de Miguel Ángel Pérez Pérez

Alianza *Urgentes*

Títulos originales: *The Story of an Hour – A Pair of Silk Stockings – A Respectable Woman – Fedora – Désirée's Baby – The Storm – The Awakening*

Primera edición: 2021
Segunda edición: octubre de 2026

Diseño de cubierta: Edmon de Haro

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción: Miguel Ángel Pérez Pérez, 2021
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2021, 2026
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 979-13-7009-316-7
Depósito legal: M-13335-2026
Impreso en España - *Printed in Spain*

Índice

9 La historia de una hora
15 Un par de medias de seda
23 Una mujer respetable
31 Fedora
37 El niño de Désirée
47 La tormenta
57 El despertar

La historia de una hora

Como se sabía que la señora Mallard padecía problemas cardíacos, se tomaron todas las precauciones para comunicarle la muerte de su marido con la mayor delicadeza posible.

Fue su hermana Josephine la que se lo dijo con frases entrecortadas; con insinuaciones veladas que revelaban lo que en parte ocultaban. El amigo de su marido, Richards, también estaba allí, cerca de ella. Él se encontraba en la oficina del periódico cuando se recibió la información de la catástrofe ferroviaria, en la que el nombre de Brently Mallard encabezaba la lista de «fallecidos». Solo tardó el tiempo necesario para asegurarse de que era verdad por medio de un segundo telegrama, tras lo que acudió a toda prisa para impedir que algún otro amigo menos cuidadoso y considerado llevara la triste noticia.

La señora Mallard no lo oyó como tantas otras mujeres han oído la misma historia, paralizada e incapaz de aceptar su significado. Se echó a llorar de inmediato en brazos de su hermana con un repentino abandono desaforado. Cuando se le pasó ese estallido de dolor, se fue sola a su cuarto. No quiso que nadie la siguiera.

Frente a la ventana abierta había una butaca cómoda y amplia. Se hundió en ella, como empujada por un agotamiento físico que poseía su cuerpo y parecía llegar hasta su alma.

Veía en la plaza de delante de su casa las copas de los árboles que se agitaban con la nueva vida primaveral. El delicioso aliento de la lluvia dominaba el ambiente. Abajo, en la calle, un vendedor ambulante anunciaba sus mercancías. Le llegaban débilmente las notas de una canción que alguien cantaba en la lejanía, e innumerables gorriones gorjeaban en los aleros.

Había aquí y allá retazos de cielo azul entre las nubes que se habían congregado y se amontonaban unas sobre otras al oeste, frente a su ventana.

Con la cabeza echada hacia atrás sobre el cojín de la butaca, permanecía bastante inmóvil salvo cuando un sollozo le subía a la garganta y la agitaba, igual que un niño que ha llorado hasta dormirse sigue sollozando en sueños.

Era joven y tenía un rostro bonito y sereno cuyos rasgos indicaban contención y hasta cierta fuerza. Sin embargo, ahora su mirada, fija en uno de esos retazos de cielo azul, estaba apagada. No era una mirada de reflexión,

sino más bien de suspensión de todo pensamiento inteligente.

Le iba a pasar algo y lo esperaba con temor. ¿Qué era? No lo sabía; era algo tan sutil y esquivo que no podía ponerle nombre. Pero lo notaba, saliendo sigilosamente del cielo y llegando hasta ella a través de los sonidos, los olores, los colores que llenaban el ambiente.

Entonces empezó a respirar agitadamente. Comenzaba a reconocer qué era eso que se aproximaba para poseerla e intentaba repelerlo con su voluntad, pero con la misma incapacidad para hacer nada que habrían tenido sus blancas y elegantes manos.

Cuando se dejó llevar, un pequeño susurro se escapó de su boca ligeramente entreabierta. Repitió la palabra una y otra vez en voz muy baja: «¡Libre, libre, libre!». La mirada ausente y la expresión de terror que le había seguido desaparecieron de sus ojos, que quedaron vivos y brillantes. Le latía muy rápido el corazón y la sangre que le corría por las venas le calentaba y relajaba todo el cuerpo.

No se paró a preguntarse si era una dicha monstruosa la que la invadía. Su percepción clara y exaltada de ese momento le permitió descartar esa posibilidad por ser trivial.

Sabía que volvería a llorar cuando viese las amables y tiernas manos cruzadas en posición mortuoria; cuando viese el rostro, que siempre la había mirado con amor, inexpresivo, ceniciento y muerto. Aun así, también veía más allá de ese amargo momento una larga sucesión de

años venideros que le pertenecerían por completo. Y abrió y extendió los brazos para darles la bienvenida.

Nadie viviría esos años por ella; los viviría por sí misma. No habría ninguna poderosa voluntad que doblegara a la suya con esa persistencia ciega con la que hombres y mujeres creen que tienen derecho a imponer su propia voluntad a otra persona. Ya fuera la intención amable o cruel, el hecho no dejaba de ser un crimen, tal y como lo consideró en ese breve momento de lucidez.

No obstante, lo había amado; a veces. Con frecuencia, no. ¿Qué más daba? ¿Qué importaba el amor, ese misterio sin resolver, ante esa posesión de afirmación propia que de pronto se dio cuenta de que era el impulso más fuerte de su ser?

–¡Libre! ¡Libre de cuerpo y alma! –seguía susurrando.

Josephine, arrodillada delante de la puerta cerrada con la boca en el ojo de la cerradura, le suplicaba que la dejase entrar:

–¡Louise, abre la puerta! Abre, te lo ruego. Te vas a poner enferma. ¿Qué haces, Louise? ¡Por el amor de Dios, abre la puerta!

–Vete. No me voy a poner enferma.

No, estaba bebiendo el mismísimo elixir de la vida que entraba por esa ventana abierta.

Su imaginación recorría desbocada esos días que tenía por delante. Días de primavera, de verano, y todo tipo de días que serían suyos. Rogó rápidamente que su vida fuera larga. Tan solo el día anterior se había estremecido al pensar que su vida pudiera ser larga.

Finalmente se levantó y abrió la puerta a la pesada de su hermana. Había una febril expresión de triunfo en su mirada e inconscientemente su porte era el de una diosa de la Victoria. Cogió a su hermana por la cintura y juntas bajaron las escaleras, al final de las cuales las aguardaba Richards.

Alguien abrió desde fuera la puerta principal. Era Brently Mallard, que entró un poco desarreglado por el viaje, pero llevando con toda tranquilidad su maletín y el paraguas. Había estado lejos de la escena del accidente, y ni siquiera sabía que este hubiera sucedido. Se quedó muy sorprendido cuando Josephine dio un grito desgarrador y Richards se movió rápidamente para ponerse delante e impedir que su mujer lo viera.

Pero Richards llegó tarde.

Cuando llegaron los médicos, dijeron que la señora Mallard había muerto de un ataque al corazón; que tanta dicha repentina había acabado con ella.